

¿Recordáis cuando después de la batalla naval de Santiago de Cuba, envió nuestro almirante, salvado a nado, aquel morrocotado telegrama:

Angel y yo buenos, y bien cuidados:
Pascual?

¡Pues, menudas cuchufetas dijisteis respecto de Pascual, entonces!

Yo mismo, confieso mi pecado, yo mismo escribí un artículo borriical entonces, titulado ¡Cuidad a Pascual! Y en ese artículo les decía a los yanquis, que lo cuidasen mucho, que por las mañanas le diesen friegas en la tripa, para que tuviera corriente el cuerpo, que al mediodía le diesen sopa con huevos, perdices, truchas y vinos.

Y así iba yo discurrendo y barbarizando. ¿No recordáis esto, hermanos periodistas?

¿Recordáis, además, que unas veces Llorens, otras veces Maura, han dicho en el Congreso, horrores de la administración de Marina, y vosotros aplaudíais como energúmenos.

Pues entonces, hermanos periodistas, ¿por qué os tiráis ahora de los pantalones diciendo que si a los marinos se les trata bien, que si se les trata mal, que si zurra, que si dale, que si Perico, que si Pendanga?

Hermanos periodistas: se me figura que todos estáis haciendo el primo y llevándole la cesta a El Imparcial. Ese periódico está furioso porque no han hecho a Gasset ministro, y quiere hacer un hueco en el ministerio para meter a Gasset!

A él le importará ese mucho; pero, a nosotros, ¿qué nos va ni nos viene?

¡Cuidados ajenos matan al asno!

V

Cuarta verdad a los marinos

Dejaré a los periodistas y voy con vosotros.

¿De qué os quejáis, queridos? ¿De que os revisan los arsenales?

Pues si es por eso sólo, no tenéis razón. Porque, una de dos. O los arsenales están bien, ó están mal.

¿Que están bien? ¡Pues mucho mejor, que los vea el ministro! Así se convencerá y desengañará.

¿Están mal? Pues a corregirlos enseguida y a matar todos los sapos y las culebras que haya.

¿Que os enfadáis por la manera que tiene Sánchez Toca de redactar los decretos, especialmente los preámbulos?

Si es así, si vuestro enfado es literario, tenéis razón que os sobra hasta por encima de los pelos.

Sánchez Toca tiene una literatura abominable. Como ministro, yo no sé lo que será; pero como literato, no hay cristiano que lo aguante. ¡Ni yo tampoco, si fuera marino, lo aguantaba!

¡Tenéis razón!

LO DE LA HIGIENE

¡Señor Eslava, señor Eslava, á usted le ruego por caridad, que sea franco, que sea explícito, para que cese nuestra ansiedad! Dicen que usted ha dicho, que si lo obligan va usted a decir cosas muy buenas de periodistas, que á usted no dejan de combatir. ¿Con que hay colegas que claudicaron, y que no han sido como otros son? ¡Vengan los nombres, señor Eslava, vengan los nombres por compasión! Díganos pronto que éste es un pillito, que á más de necio, otro es un truhán, y que sepamos cuál es la causa, que á muchos hace luego engordar. Es irritante y hasta es injurioso cargarle toda la culpa á usted, si es que hay algunos que con la higiene comen y viven igual que un rey. No se amilane

porque le exijan que esté presente las cuentas ya, que aquí las cifras, señor Eslava, ni á Rodríguez hacen temblar. ¿Que ha hecho en agosto, que ha hecho monises y que ha cubierto bien el riñón? Pues á casita, señor Eslava, que es muy higiénica tal prescripción.

Cocido obligatorio

Leí estos días el decreto de la vacunación obligatoria, y me alegré en el alma.

—¡Así se hace!—dije al ministro.

Es decir, al ministro no se lo dije, porque yo no me trato con esa gente gorda, pero lo dije para mi capote.

—Así se hace: las cosas buenas hay que imponerlas á la fuerza, sin andarse por las ramas. ¿Que es bueno vacunarse? Pues á vacunarse todo el mundo.

Y el que no quiera, que se aguante. No se deja más libertad que una: la de elegir el sitio del cuerpo donde se ha de hacer la vacunación. Puede uno vacunarse en el brazo, en la pantorrilla, en la nalga, en las narices ó en la frente, como se vacunó un amigo mío, á quien después, con el roce del sombrero, le salió una excrecencia que parecía un cuerno.

Repito que eso está bien por muchísimas razones. La primera, porque la viruela es una enfermedad lo más asquerosa del mundo. La segunda, porque á los que pasan las viruelas les queda una cara, ¡María Santísima, qué cara!

¿No es una cosa repugnante ver á un obispo, ó á un alcalde, ó á un general, ó á un ministro, ó á un juez, picados de viruelas? ¡Ya lo creo que es! Como que esos personajes, vistos así, meten mucho más miedo.

Pero ahora se remediará todo con el decreto de la vacunación obligatoria. Ahora dice el ministro á los españoles:

—¡No más viruelas! ¡No más feos! ¡Vecinos! ¡Vacunad á vuestros alcaldes! ¡Alcaldes! ¡Vacunad á vuestros vecinos! ¡Que los obispos, los jueces, los ministros y los recaudadores de la contribución se vacunen!

Y bien, señor ministro: después de la vacuna obligatoria, voy á proponer á V. E. otra medida beneficentísima en extremo: el cocido obligatorio.

La viruela, señor ministro, es horriblemente mala, pero también son malas la flaqueza y el hambre. Un hombre ó una mujer picados de viruelas son tipos desagradables; pero tampoco son agradables un hombre ó una mujer flacos, amarillos, hambrientos. Entre un flaco limpio y un gordo picado de viruelas, es preferible el gordo.

Pues por eso mismo, señor ministro, conviene que dé V. E. el decreto del cocido. Pero que lo dé á escape, cuanto antes mejor. Vacunarse es higiénico; pero más higiénico es comer.

De consiguiente, hay que obligar á todos los españoles y á todas las españolas á comer. Y como el cocido es lo más tónico y digestivo, y lo que menos cansa y lo que más reglamenta el estómago, el gobierno debe de imponer á todos la obligación estrechísima de comer cocido.

Pero no un cocido cualquiera, de berzas, nabos y morralla; no, señores; eso y las judías desarregla el cuerpo terriblemente y cría unas carnes blandas y fofas y una sangre de color de ceniza ó de leche de burra. No, señores; el cocido ha de tener chorizo, jamón, gallina y un buen trozo de carne, y se ha de comer todos los días. Todos, sin excepción, salvo los días en que se vaya á comer á Lhardy. Los ministros deben imponer esta obligación á los gobernadores, los gobernadores á los alcaldes y los alcaldes á los vecinos.

¡Que nadie eluda el cumplimiento de este deber sagrado! ¡Que todos coman!

Yo daría á los españoles un real decreto, con un hermoso y razonadísimo preámbulo que dijese:

Señor:

Es cosa indudable que España necesita una regeneración radicalísima. Somos un pueblo de gallinas clucacas, sin sangre, sin

iniciativas para nada, escépticos y cachazudos, con esa resignación del idiota y del hambriento, que todo lo aguanta sin decir palabra.

Como los burros viejos, sufrimos sin quejarnos y con las orejas gachas las mayores tundas de palos. Por otra parte, nos morimos á chorros. España es el pueblo donde más gente se muere.

La causa de estos males consiste en que no tenemos higiene, ni tenemos alimentación; en que somos descuidados, sucios y mal comidos. Un hombre limpio parece más guapo y más sano, y un hombre que come bien tiene corazón, y dignidad, y pundonor, y cogote macizo, y sangre roja y colores en los carrillos.

Comiendo bien, los españoles serán un pueblo alegre, porque de la panza sale la danza. Comiendo bien, serán robustos para el trabajo, y aumentarán la población como los conejos, y mejorarán la raza, y se avergonzarán de lo que no se avergüenzan ahora.

Todo lo que le ha sucedido á España ha sido por no comer bien, sobre todo por no comer carne. Por eso hemos perdido las colonias. Por eso, después de perderlas, hemos aguantado y estamos aguantando á la misma gente que las perdió. Por eso no hemos castigado á nadie y tenemos esta paciencia de ovejas moribundas ó de carneros sencillos.

Por eso, Señor, entre un español y un extranjero, hay la misma diferencia que entre una sardina y un besugo. ¡Da grima ver á los españoles, sobre todo á los que no cobran sueldo gordo ni tienen cesantía (porque esos ya comen como unos zamacucos), da grima verlos flacuchos, paliduchos, entecados, tísicos, clareándose las orejas y con los ojos tristes y los labios colganderos! En cambio, da gozo ver á esos alemanes y á esos franceses tan altos, tan rollizos, con lorz as en la papada, con mejillas encendidas por una sangre cargada de hierro, con unas narices de remolacha y con unos puños capaces de matar á Maura de un puñetazo en la nuca!

Es que los extranjeros comen carne como buitres, y los españoles no comen. Por consiguiente, es necesario obligarles á comer, quieran ó no quieran. Que ahí está todo el secreto de la regeneración de la patria. ¡En comer, y comer cosas nutritivas!

Por tanto:

Fundado en estas consideraciones, el ministro que suscribe tiene el honor de proponer el siguiente Decreto:

Artículo 1.º Todos los españoles estarán obligados á comer el cocido del medio día, con chorizo, jamón y gallina ó morcilla, si les gustare.

Art. 2.º Después del cocido estarán asimismo obligados á comerse un principio de carne asada, en cantidad de 50 gramos como mínimo.

Art. 3.º Los gobernadores de las provincias y los alcaldes de los pueblos cuidarán de que este decreto se cumpla en las provincias ó pueblos de su mando.

Art. 4.º Cuando las autoridades advirtiesen que alguno de sus subordinados no cumpliera con lo preceptuado en el artículo 1.º de este decreto, cogerán al contraventor y lo meterán en la cárcel, donde, sin excusa ni pretexto, le harán comer el cocido con dos principios, uno de carne y otro de pescado, cada día.

Art. 5.º Para el debido cumplimiento de estas disposiciones, no se consentirá que salga de las provincias para Madrid un sólo céntimo de las contribuciones, mientras no haya fondos suficientes para las necesidades del cocido obligatorio en los pueblos de su procedencia.

Art. 6.º Los alcaldes ó gobernadores que contravinieren á lo dispuesto en los artículos anteriores, sufrirán 50 palos y 5.000 pesetas de multa por la primera vez, y en caso de reincidencia, serán sometidos al procedimiento penal, en sus grados medio y máximo.

Art. 7.º Serán nulas y de ningún valor cuantas leyes ó disposiciones administrativas se opongan á lo preceptuado en el presente decreto.

Dado en la cartuchera de la calle de los Caños á 25 de Enero de 1903.

El Melpnes.

Este es el decreto que haría la revolución verdadera que necesita España.

Este es el reconocimiento por parte del Estado del primero de los derechos que tenemos los españoles: el derecho al cocido, como complemento del derecho á la vida.

Todos los demás derechos son música celestial y papeletas para limpiarse la posteridad.

¡Este, éste!

CONVERSACIONES

—Pues como te iba contando, yo tenía pensamiento de reunir al Pelambre, al Triángulo, al Terencio y al Poliparro, que sabes son cuasi, cuasi unos peritos en la cuestión del manubrio, pa osequiar con un concierto de habaneras y chotis de la cría del barbero de la plaza la Obedada, la socia que afletó en seco á un sinvergüenza; y carcala el perjuicio que me hecho que el gobernador prohiba los manubrios callejeros. —¿Pero es fétel que no salen los orgauillos?

—Tan cierto como que ha espichao Sagasta. —¿Anda, y te apuras por eso? —¡A ver! Como que contaba ya con los cuatro sujetos que te he indicado, pa osequiar á la cría del barbero, por contribuir con algo á la inserción que ha abierto la prensa, pues no tié uno pa mandar cantar á un diego, y de buenas á primeras nos han agüao el osequio. ¡Mira que la cosa tiene narices!

—Hombre, yo creo que si pidiérais permiso, sus lo darian, diciendo que ibais á felicitar á una señora con genio, con cutis y con redañas pa rebanar el pescuezo á cualquiera que se viste por los pies.

—Dilo y que ha hecho lo que púe ser que no hiciera algún general de esos que cobran todos los meses mu limpio y morondo el sueldo, y sin embargo, se asustan de las cerillas de trueno. —A mí lo que más choca es que se prohiba eso de darle al dengue.

—¡Ya, ya! Abí tiés demostrao con pelos y esfales, que el gachó que al mundo ha venido en cueros, no le dejan tan siquiera especular pa el puchero. —Oyes, ¿y no ha protestao la directiva del gremio del manubrio, de esa orden que sus enartea el derecho de darle á la manivela? —¡Si nosotros no tenemos sociedad por inorantes. —¿No?

—Está claro. —Y los dueños de la industria, ¿qué os han dicho? —Que vayamos por cangrejos de río y que los vendamos por las mañanas.

—Pues ellos y vosotros, toos debíais alquilar unos cencerros y ya que nos han deao osequiar con un concierto á la señora Benita, la hécha de estos tiempos, largarle la serenata al gobernador y á esos tíos á quien molestaban los pianos callejeros. —No vayas á figurarte que no he caído yo en ello; pero cualquiera se atreve. Al menos el bello sexo púe hacer lo que se le antojé... —Hombre, si tienes cangueto, que te ponga tu mujer sus faldas y aun el cencerro.